

Efectivamente encontró al matador en poder de los suyos. Rebeca habia salvado á su ama, sacrificando su honra para toda la vida.

Colon pudo aprovechar la ocasion para alejarse.

En cuanto al matador, cuando le preguntaron su nombre al llevarle al calabozo donde debia aguardar su sentencia, respondió que se llamaba Martin Carrasco.

CAPITULO XXV.

Explicacion de un suceso.



El dia siguiente de aquel suceso se habló de él en la ciudad, siendo, como acontece siempre, muchas y muy variadas las versiones que de él se hicieron.

Como la riña habia tenido lugar junto á la casa de Beatriz, los enemigos de esta dama, que eran todos los que habian solicitado sus favores y no los habian obtenido, y cuantos envidiaban la posicion que ocupaba en la corte, atribuyeron á su causa la pendencia que habia obligado á Martin Carrasco á ser de nuevo matador.

Otros, inspirados por lo que habia contado el oficial de la Santa Hermandad, decian que la causa habia sido la camarista de doña Beatriz; y los que más se aproximaban á la verdad, aseguraban que la cuestion habia empezado en un meson, donde jugaban á los dados el matador y su víctima.

En efecto; esta era la verdad.

Don Mendo de Aguilera era un libertino en toda la extension de la palabra; y aunque pertenecia á una familia ilustre, manchaba los timbres de sus blasones pasando el dia en la ociosidad y la noche en la crápula.

Martin Carrasco, que habia vuelto á hospedarse en el meson de maese Repulgo, habia conocido á don Mendo en una mancebía, y se habian hecho muy amigos.

Una casualidad habia proporcionado á Aguilera ocasion

de ver à Rebeca, y los hechizos de la jóven israelita le habian entusiasmado.

Sin que ella lo supiera, hacia ya dias que rondaba su calle aguardando una ocasion en que poder hablarla, y precisamente ocupábase en esto cuando acertó á pasar á su lado Martin Carrasco y le reconoció.

—¡Vos por aquí! dijo. ¿Qué os trae por estos barrios?

—Cuidados amorosos, contestó don Mendo.

—La noche está muy fria, y si quereis, os ofrezco un buen jarro de vino y unos dados. ¿Traeis mucho dinero que perder?

—Algunas doblas.

—Pues cenaremos bien en mi posada, y allí maese Repulgo nos proporcionará lo necesario para que honradamente pueda desbalijaros.

Dirigiéronse, en efecto, á la posada, y los dos amigos, á pesar de su diferencia de clase, se metieron en uno de los cuartos, y entre trago y trago de lo añejo, jugaron á los dados algun tiempo.

Martin Carrasco estaba de suerte.

En poco tiempo ganó veinte doblas á su contrincante.

—Decididamente voy á ser muy afortunado en amores, le dijo el soldado.

Y temeroso de que si continuaba jugando volviese á ganarle aquel dinero Aguilera:

—Si quereis que dejemos el juego para que vayais á disfrutar de vuestra fortuna.

—No, exclamó don Mendo, quiero seguir jugando.

—Es que vais á perder.

—Tanto mejor.

Martin Carrasco ganó diez doblas más.

Aguilera comenzaba á ponerse de mal humor.

—¿Con que os traen los amores por estos barrios? continuó el soldado.

—Sí por cierto.

—Lo celebró infinito. ¿Y quién es ella?

—Ella es la mujer más hermosa de Córdoba.

—Mucho decir es eso.

—Estoy resuelto á sostenerlo con la punta de mi espada.

—Os ha flechado por lo visto.

—Más de lo que quisiera.

La vena de suerte de Martin Carrasco empezó á cambiar.

—Me habeis ganado cuatro doblas,

—Justo es que me resarza de mis pérdidas.

—¿Con que deciais?...

—Decia, mi querido Martin, que es la mujer más hechicera de Córdoba.

—Os he hallado frente á la casa de doña Beatriz Enriquez de Córdoba... ¿Habeis fijado en ella vuestros ojos?

—¡Ah! No; esa es una mujer de mármol. No hay quien pueda rendir su corazon. Pero la señora de mis pensamientos vive á su lado.

—¿Alguna de sus camaristas?

—La más bella de todas.

—¡Diablo! ¿Sabeis que me estais desplumando? Ya pierdo quince doblas.

—Todavía no perdeis; no hago más que recuperar lo mio.

—¿Y cuál es el nombre de esa deidad que os enamora?

—¿Y qué os importa el nombre; acaso la conocéis?

—Teneis razon; hace ya tiempo que no conozco á los servidores de doña Beatriz, pero eso no importa.

—Ya estamos en paz; dijo Aguilera, ¿quereis que lo dejemos?

—De ningún modo; pues qué, ¿creeis que habiendo perdido voy á quedarme satisfecho?

—No perdeis nada.

—Todo buen jugador pierde, si lo que ha ganado lo vuelve á perder.

—Pues adelante.

Los dados resonaron dentro del cubilete.

—Con que decid, decidme el nombre de esa sirena que os ha preso en sus redes.

—Es judía.

—¿Judía? preguntó Martin Carrasco, al mismo tiempo que se desesperaba, porque ya perdía diez doblas.

—Sí; se llama Rebeca.

—¿Rebeca habeis dicho?

—Sí; he averiguado su nombre y todos sus antecedentes.

—Vaya, vaya, hablad.

—Es hija de un judío que se llama Isaac.

—¿Y decís que es camarista de doña Beatriz?

—Desde hace poco tiempo. Segun la historia que me ha contado, un extranjero que vive en esta posada.....

—¿Cristóbal Colon?

—Creo que ese es su nombre.

—¿Y bien, qué?

—Agradecido al padre de la jóven, que le encarga trabajos y se los paga bien, ha empleado su influencia para darla el puesto que ocupa cerca de doña Beatriz.

No habia duda para Martin Carrasco.

La jóven á quien galanteaba ó aspiraba á seducir don Mendo Aguilera, era la que habia sido objeto de su amor, la que se habia negado á satisfacer sus infames propósitos, y la que por esta misma razon le inspiraba al mismo tiempo cariño y respeto.

Y como al saber estas noticias vió que perdía:

—¿Sabeis, dijo de pronto levantándose, que el que ponga los ojos en esa mujer tiene necesidad ántes de hablarla de matarme primero?

—¿Qué decís, exclamó don Mendo, preparándose á rechazar aquel ataque de aquel hombre á quien á un mismo tiempo dominaba el amor propio herido y la pérdida del juego.

—Os digo que á esa mujer me unen estrechos lazos, y que no consentiré nunca que un libertino como vos ponga en ella sus ojos.

—Bien se ve que habeis perdido, os ciega la rabia.

—Ese es un nuevo insulto.

—Tomadlo como querais.

—Venid á darme cuenta de vuestras palabras, dijo Martin levantándose y dirigiéndose hácia él.

—No solo á dároslo, sino á pedíroslo.

—Salgamos.

Los dos salieron con ánimo de dirigirse al callejon sin salida, en donde podian luchar sin temor de que los sorprendiesen.

Pero don Mendo de Aguilera conocia demasiado la fortaleza del brazo de Martin Carrasco, y temiendo ser su víctima, precisamente al llegar cerca de la casa de doña Beatriz tiró de la espada y se dirigió á él gritando:

—¡Muere, miserable!

Martin Carrasco pudo parar el golpe, y lanzándose con su daga sobre don Mendo, se la clavó en el pecho, obligándole á caer exánime en medio de la calle.

Instantáneamente comprendió hasta qué punto se habia hecho culpable á los ojos de la justicia, y se refugió en casa de Beatriz.

La puerta estaba mal cerrada sin duda, puesto que cedió á su empuje, y subiendo precipitadamente las escaleras, llegó

hasta donde estaba Rebeca y habló con ella lo que ya saben nuestros lectores.

Como don Mendo pertenecía á una familia ilustre, apenas le reconoció la Santa Hermandad persiguió con más encarnizamiento á su matador y se lo llevó preso.

La familia del muerto se mostró parte, y Martin Carrasco fué encerrado en un calabozo para aguardar su sentencia.

Rebeca, que no habia podido olvidar que aquel hombre habia sido su primer amor, tuvo que unir al sacrificio que habia hecho por su ama el dolor de no haber podido salvar á su amante.

Beatriz, que se habia conmovido profundamente con las escenas que habia presenciado, aguardó con ánsia al dia siguiente para averiguar cuál habia sido la suerte que habia cabido á Colon en aquellos tristes sucesos.

Ya estaba tan resuelta á sacrificarle su vida, que no vaciló en decir á Rebeca que si era necesario confiar á su padre la verdad para que Colon fuera á verla aquella noche, se la confiase.

Afortunadamente, la codicia del viejo Issac le hizo abandonar su casa, como de costumbre, al anochecer, y Colon, que por su parte deseaba tambien ver á Beatriz, voló á su lado.

—Jamás os pagaré lo que habeis hecho por mí, dijo á Rebeca, estrechando su mano con gratitud.

—No he hecho más que pagar una deuda, dijo la jóven sin poder ocultar su emocion.

Las cosas habian llegado á tal extremo para Beatriz y Colon, que era ya de todo punto imposible permanecer en la situacion en que se hallaban.

O tenian que renunciar á su amor, y este era un sacrificio superior á sus fuerzas, ó tenian que santificar el lazo que unia á sus almas, ó tenian, por último, que ocultar á todo el mundo las relaciones que entre ambos existian.

La escena que tuvieron los dos fué en extremo acalorada.

—Oye mis ruegos, dijo Colon: si el amor puede en tí más que el orgullo, pidamos á la religion que bendiga el cariño que nos profesamos. Y para que nadie pueda creerlo, y tú no crees, porque conoces mi corazon, para que nadie pueda pensar que es egoista el cariño que te profeso, huyamos de España, recorramos otros países: yo lograré en ellos que me hagan justicia.

A todo estaba resuelta Beatriz, ménos á dar su brazo á torcer, como se dice vulgarmente.

—Si yo te amo más que á mi vida, le decia, ¿no crees que tendré un placer al darte mi mano, en que disfrutes de todo cuanto es mio? Pero no es eso; es tal vez un capricho, llámalo como quieras, pero en mí es una fuerza superior á todo. He asegurado mil veces que ningun hombre me dominaria, y prefiero la muerte á tener que hacer esa confesion.

—Esa obstinacion es horrible, no me amas.

—¿Que no te amo? ¿Si no te amara habrias rendido mi corazon á tu voluntad? Todo, todo lo sacrifico á tu afecto, ménos la herida que causaria en mi amor propio la debilidad que me exiges.

—¿Estás resuelta á probarme que me amas?

—Sí

—¿Y si hubiera algun medio de que la religion bendijese nuestro cariño con el más profundo misterio?

Beatriz vió un rayo de luz.

—La religion, añadió su amante, oculta con su manto bienhechor á las miradas de todo el mundo á los que solo quieren confiarle sus secretos; pero tarde ó temprano todo se descubre.

—¿Y nuestra fuerza de voluntad?

—Soy demasiado noble, te amo demasiado para arrastrar-

te al abismo. O renuncio á tu amor para siempre, que es lo mismo que buscar la muerte, ó accedes á mis ruegos.

—¿Pero de qué manera?

—Tengo un amigo, un hombre que me quiere de corazón, un ministro de Dios, el superior del convento de Mercenarios. El puede unirnos en secreto, y no hay miedo de que jamás revele que nos ha dado su bendición.

—Sea en buen hora, dijo Beatriz. En ese caso desde mañana mismo será mi confesor.

—Yo le hablaré primero, le abriré mi corazón, sabrá nuestros propósitos, y después... después nuestra felicidad será inmensa.

Beatriz y Colon oían la voz del deber, tenían muy arraigados en su alma los sentimientos religiosos, y no podían menos de pedir al ministro de Dios, ya que no la bendición nupcial á los ojos del mundo, la bendición á los ojos de Dios.

Al día siguiente, muy temprano, fué Colon á visitar á fray Pedro Antunez.

—Os veo agitado, le dijo el guardian de los mercenarios; ¿qué teneis?

—Hoy no vengo á buscar al amigo, sino al confesor.

—¿Qué os pasa?

—Tengo que revelaros un secreto; un secreto como confesor, como ministro del Altísimo.

—Hablad.

—Amo á una mujer que ha sido para mí en mis desventuras un instrumento de la Providencia. Antes de ahora os he indicado el nombre de mi protectora.

—¿Amais á doña Beatriz?

—Sí, pero no olvideis que eso no debe saberlo más que ella y Dios: vos sois su ministro.

Mi amor es correspondido; pero motivos que respeto im-

piden que nuestra unión pueda ser pública. Sin embargo, los dos sentimos en nuestra alma la fe; los dos acatamos las leyes del Supremo Hacedor; los dos queremos arrodillarnos ante el ara, pronunciar nuestro juramento, recibir la bendición, pero solo á los ojos de Dios y para vivir separados á los ojos del mundo.

—Todo lo comprendo, dijo fray Pedro Antunez, y estoy dispuesto á ejercer mi sagrado ministerio, uniéndoos para siempre á esa dama que tantas virtudes atesora, que tan digna es de la adoración de un hombre como vos.

—¿Y de qué modo hemos de llevar á cabo nuestro propósito sin que nadie lo sepa?

—Esta mañana, dijo fray Pedro Antunez, he recibido un recado de doña Beatriz, mandándome llamar á su casa. Su confesor es muy anciano, pasa la mayor parte del tiempo en su celda, sufriendo con resignación las dolencias que le llevan poco á poco al sepulcro; y si vos le habeis dicho que soy vuestro amigo y os estimo en lo que valeis, es muy posible que al llamarme sea para confiarme la dirección espiritual de su alma. Si es así, como creo, esto no tardará en saberse en la corte, y mis visitas á su casa nada tendrán de extraño. Mi deber es procurar que las almas no se pierdan. Si me confiáis como sacerdote los sentimientos que os unen, si me pedís la bendición para santificar el lazo de vuestras almas, yo no puedo negárosla. En su palacio hay un oratorio. En estos casos no hay necesidad de testigos, reconciliaos con Dios, y con el alma limpia de pecado, yo os uniré para siempre en su nombre.

Aquel mismo día fué fray Pedro Antunez á visitar á Beatriz, y ésta le hizo la misma confesión que Colon.

Algunas noches después tenia lugar una escena solemne en el oratorio de doña Beatriz.

La visita del prior de los mercenarios no había extrañado á los servidores de doña Beatriz.

Rebeca, que estaba en el secreto, entretenía á los criados, contándoles ejemplos de la piedad de aquel santo varón, en tanto que fray Pedro, enlazando las manos de Cristóbal Colón y de Beatriz, recibía sus juramentos, santificaba su unión y la bendecía en nombre del Altísimo.

Terminada la ceremonia:

—Dios os haga dichosos, les dijo, porque debeis serlo, aunque lamento las circunstancias que os obligan á ocultar á los ojos del mundo vuestra felicidad.

—¡Quién sabe si algún día, dijo Colón, podré decir con orgullo y con gloria quién ha sido mi esposa!

Fray Pedro Antunez abandonó á los dos esposos, y le acompañaron hasta el convento dos escuderos de doña Beatriz.

Solo Rebeca pudo felicitar á su ama.

Al separarse de su lado, la emoción de su pecho se revelaba en las lágrimas que anegaban sus ojos.

Ella también había soñado en ser feliz, y sin embargo había tenido que sacrificar su felicidad.

Como necesitaban los dos esposos tener oculta á todo el mundo su unión, continuó viviendo el extranjero en la posada de maese Repulgo, viendo con el mayor secreto á Beatriz, para lo cual fué necesario que Rebeca confiase á su padre lo que pasaba.

Tomadas todas las precauciones para que no fueran sorprendidas sus visitas, todos los días se veían y pasaban dulces horas hablando de su amor y sus proyectos.

El amor de Beatriz á su esposo rayaba en adoración.

Cuanto más profundizaba en su alma, mayores atractivos hallaba en él.

Algunas veces tomaba parte en sus conversaciones su confidente fray Pedro Antunez, y los tres esperaban en que cuando cesasen las causas que tenían á los Reyes Católicos preocupados, tal vez valiéndose de medios indirectos, conseguirían llamar la atención hácia los planes de Colón y le facilitarían los medios de realizarlos.

Pero en honor de la verdad, por más que le preocupasen mucho sus ideas, vivía más Colón de sus sentimientos.

Beatriz era un ángel.

La vida á su lado era un eden, y las privaciones que pasaba, la modestia con que vivía, porque necesitaba ocultar á los ojos del mundo sus desventuras, y porque al mismo tiempo un sentimiento de dignidad le impedía aceptar las dádivas de Beatriz, eran para él gustosas, porque hacían que su felicidad fuera mayor.

Ebrio de amor, considerándose el más feliz de los mortales, ni se preocupaba del porvenir, ni siquiera recordaba lo pasado.

Beatriz era toda su vida.

Cuando estaba en su presencia, cuando veía en sus miradas el amor que sentía, ¡oh! entónces no era el más dichoso de los hombres, sino la misma dicha.

Algun tiempo despues le reveló Beatriz un secreto que á un mismo tiempo le hizo sufrir y le hizo gozar en extremo.

—Dios ha bendecido nuestra unión, le dijo; voy á ser madre.

Su dicha era inmensa; pero el temor de que por aquella circunstancia podría ser descubierta su amor, amenguaba su felicidad.

—Demos gracias á Dios, dijo Colón, estrechando su mano, y respetemos su voluntad.

Instintivamente se arrodillaron los dos y elevaron al cielo sus plegarias.